

Entrevista a Manuel Moreno Fragnals

Olga Cabrera e Isabel Ibarra

El siguiente fragmento procede de una prolongada entrevista de las autoras con el historiador cubano Manuel Moreno Fragnals entre los días 9 y 17 de mayo de 1998. Fue el reencuentro en Madrid después de más de 7 años de exilio (él en Estados Unidos y nosotras en Brasil). Conocido internacionalmente por su obra *El Ingenio* (La Habana, 1963) cuya segunda reedición ampliada por la Editorial Ciencias Sociales en 1973 ha sido traducida al inglés y al portugués, tiene publicadas numerosas obras en Cuba y otros países. Ha sido también editor responsable de la *Historia de América Latina* y la del *Caribe* de la UNESCO. Entre las obras escritas en el exilio ha tenido un mayor éxito *Cuba España, España Cuba* (1994).

– *¿Qué te hizo dedicarte a la Historia?*

– Las causas son varias, primero fue la presencia de mi padre, que era una gran historia viva, una historia caminando; segundo, el ir descubriendo esta gesta familiar, que es una gesta no en el sentido grandioso porque ninguno de estos personajes que se murieron de la familia fueron grandes hombres. León Felipe tiene un poema a su abuelo en que habla de la costumbre española de la grandeza: Si yo tuviera un abuelo, un abuelo con tales cosas y tales gestos y una mano sobre el puño de la espada, pero yo no tengo un abuelo así, etc.

Ninguna de estas cosas encierra la grandeza. Ahí no se decidió la Batalla de Waterloo ni pasaron ninguna de estas cosas que transformaron el mundo. Fueron cosas pequeñas las que transformaron a los hombres, los hombres estaban en ellas. El pensar en eso y por otra parte el esfuerzo memorizador de mi padre: porque una me llevó a memorizar los acontecimientos y lo otro me llevó a unirlos y a pensar en la historia en la forma que te dije, es decir, el poema al abuelo. León Felipe tiene otro poema a la piedra, donde dice: «Así es mi vida [...] el guijarro que va rodando por las calles, que se lleva el agua.» Hay esa belleza de las pequeñas cosas innominadas que van formando un poco como la savia de la historia. Yo creo que eso me llevó en parte a ser historiador. Hay otras cosas: muy niño, en uno de esos regalos

de Reyes Magos fabulosos que me ponía mi padre antes de arruinarse; los Reyes me trajeron (y a veces pienso que aquellos fueron los reyes de verdad), una colección que por entonces era una de las mejores colecciones infantiles que se publicaban en el mundo español; se llamaba *El Tesoro de la Juventud*. Para una época posterior es una edición un poco atrasada pero en nuestra época, sobre todo en la mía, esta colección que tenía toda una serie de secciones, una poética que me hizo aprenderme montones de poesías y conocer a montones de excelentes gentes de distintos idiomas, fue un enorme viaje por un mundo desconocido que yo iba descubriendo día a día. Creo que eso me puede haber acercado a la Historia. Después yo comencé a estudiar Derecho (1937), tenía al comienzo en el primer año, en el plan de mi época, una Historia de Cuba, una Historia Contemporánea y Sociología, eran tres asignaturas que se impartían en Filosofía y Letras pero, además, todo era absurdo porque Historia de Cuba era una asignatura que se impartía en cuarto año de Filosofía y Letras, en la especialidad Historia. La Historia Contemporánea era de tercer año y la Sociología era de segundo año. Entonces, dentro de esta organización un poco rocambolesca de la Universidad de la Habana, los estudiantes novatos de primer año nos teníamos que enredar de pronto con los estudiantes de cuarto año de Filosofía y Letras o con los estudiantes de segundo o tercer año. Pero además, comencé la universidad en un momento muy especial, había terminado el bachillerato en dos años y entonces llegué a la universidad y entronqué con toda una generación que había comenzado la carrera en los años veinte, había venido Machado, el problema del 4 de septiembre, la primera dictadura de Batista y no pudieron seguir la carrera. Unos la dejaron en tercer año, otros la dejaron en segundo. Toda esa gente se matriculó junto con nosotros y se daba el caso que los muchachos matriculados de 18 y 19 años teníamos de «compis» de cursos en estas asignaturas a alumnos que ya tenían treinta y tantos años. La diferencia de 18 a 30 años es tremenda, es decir, mucho mayor que la diferencia de cuarenta a sesenta.

– ¿Tenías que «levantarte»?

– ¡Exacto! nosotros nos poníamos al lado de ellos. Yo no tenía la culpa de la organización universitaria. Si habían puesto la asignatura de novato en el cuarto año de Filosofía y coincidía con ellos, eso no era culpa mía. Yo tenía, como otros tantos miles, simplemente, que recibir la asignatura. Y esto nos obligó, a los que teníamos espíritu de pelea, a pelear. Para mí fue bastante y me convertí en devorador de libros sin ninguna técnica, sin nada, pero sencillamente eso es algo que se va formando, se va sedimentando.

Tuve la suerte de obtener tres premios, cursando el primer año de derecho, en las asignaturas compartidas con la gente de Filosofía. En el siguiente curso obtuve otros premios en otras disciplinas compartidas con los «viejos» de Filosofía. En realidad, los profesores no formaban a los estudiantes para ser historiadores, con una verdadera técnica, nos ponían a estudiar un libro y otro. Entonces, acumulábamos datos pero eso es muy distinto a pensar en Historia.

– *Cómo hiciste para aprender a escribir?*

– Trabajé mucho con un amigo entrañable [España, 1946-1949] que lo sigue siendo todavía. Uno de los hombres más cultos que he conocido, Fernando Baeza Márquez, hijo de Ricardo Baeza, el mejor traductor de España en este siglo, un hombre que ha hecho traducciones superiores a los originales en otros idiomas. Fernandito, como le decíamos nosotros, creo que algo logró al enseñarme a escribir. Se desesperaba, cogía los trabajos míos, los revisaba de arriba a abajo, me los cambiaba, discutía conmigo de una forma a veces casi violenta. De Fernando tengo un recuerdo inolvidable.

– *¿Qué te ofreció España entre 1946 y 1949?*

– De España, en lo personal, saqué estas amistades, estos trabajos y este contacto diario con estos intelectuales pero, por encima de todo, fue entrar a la Biblioteca Nacional casi cuando la abrían y saltar al *Café Gijón*, enfrente casi, cuando la cerraban. Fue una época de lectura para mí casi desesperada y me sirvió para ver a Cuba desde la óptica española, de los hombres que en cierta forma habían construido el Estado cubano. Desde entonces, tengo una idea bastante fija. Cuba no fue una colonia de España, Cuba fue primero un enclave militar y naval para América. El primer hecho elemental que prueba que no era colonia es que Cuba no es para España una propiedad de la cual España saca dinero. Cuba hasta los primeros años del siglo XIX cuesta dinero a España.

– *Más tarde no ocurrió así, la famosa Deuda Cubana fueron gastos de España. Cuba tuvo que pagar todas las aventuras coloniales de España en América, las intervenciones en Chile, Santo Domingo...*

– Después de eso viene un profundo cambio en la economía. Sencillamente, la economía cubana está totalmente dominada por criollos desde

principios del siglo XIX y casi hasta los años veinte. Es la época en que el delegado de Cuba en las Cortes de Cádiz se da el lujo de decir «No tomen determinado acuerdo porque si lo toman Cuba no lo va a cumplir». Recuerdo que el delegado de Ávila dijo: «Entonces, ¿para qué estamos aquí si Cuba se puede negar a cumplir? ¿Por qué están sentados ahí tan tranquilos?» Todavía la mayoría de las grandes fortunas que aparecen en las estadísticas de los años 1830 son criollas. Después, precisamente por un nuevo manejo de la política de España, en primer lugar, el que hizo del problema esclavista, la esclavitud costó a los criollos el poder económico que tenían ganado. Esto es un problema que se enuncia muy fácilmente pero la prueba económica es bastante compleja. Por eso es que los criollos son individuos que están desesperados, porque quieren ser liberados de la esclavitud. No quieren la liberación del esclavo aunque sí la liquidación de la trata. Lo que pasa es que son dos cosas que se parecen tanto que da la impresión de que ellos son antiesclavistas. Lo son en cuanto están convencidos de que la esclavitud es un régimen antieconómico que va a llevar a la crisis a la manufactura azucarera. Están convencidos de que la esclavitud es un régimen que los une políticamente a España. Esta, creo, fue una de las primeras cosas de cierta importancia para una nueva interpretación de la historia de Cuba que yo pude estar viendo. Eso se veía más bien desde España, sobre todo desde Cataluña. Porque Barcelona, en particular y Cataluña, en general, eran indudablemente la metrópoli de Cuba. Una cosa que no se ha escrito es hasta qué punto toda una serie de aspectos económicos cubanos van dependiendo de determinadas migraciones regionales de españoles en Cuba. Hasta más allá de mediados de siglo XVIII el grupo de dominio es un grupo vasco. Es curioso cómo hay algunas grandes figuras vascas que en un momento dado pueden decir: «cuidado que están llegando los catalanes» y ven el peligro de ser desplazados ellos del grupo dominante cuando se instaura en Cuba el grupo dominante catalán que es, además de grupo económico, el grupo con una mentalidad más avanzada, de la gente que va invirtiendo y apoderándose de Cuba. A tal punto son los más avanzados que ya cuando son inevitables la guerra y la independencia, son los únicos que tienen un programa concreto de qué hacer con Cuba que no pudieron llevar a cabo. Esta sociedad que aún existe pero con otro carácter, la sociedad de naturales de Cataluña, era llamada el Partido Español o Partido Catalán. En los años cuarenta esa sociedad tenía una fuerza decisiva en la economía cubana. Después esto cae y además después ya viene una política muy compleja, en la cual intervienen los hombres que pudiéramos llamar de izquierda, gente que cincuenta años más tarde van a ser los hombres de la Gloriosa.